



HAMMER

LA RESISTENCIA

del metal



51

Por JULIANA RODRÍGUEZ. FOTOS DE SUSANA PÉREZ. Golpe a golpe de la historia y la actualidad de Hammer, la leyenda del thrash cordobés, que ya cumplió 27 años, tiene nuevo disco y un presente bien forjado.

A los Hammer nadie les avisó que los músicos de metal también envejecían. Así que no se dieron por aludidos. *"No me hice cargo. Yo no soy viejo. Sigo en el cole"*, dice Gerardo Funes, alias El Gringo. Al lado de él, Guillermo Cienfuegos cuenta que trata el tema con su psicólogo porque se siente de 25 años. Son los dos miembros originales de la primera banda de thrash metal de Córdoba y hablan desde su estudio en la calle Rincón, sentados en el sillón de un hall lleno de pósters, como si fuera el cuarto de un adolescente. En una

de las paredes, la imagen más grande, que emana un brillo propio y se erige como centro de este altar, es la de James Hetfield, el *frontman* de Metallica. La foto no es actual, Hetfield tiene el pelo largo de otras épocas, rubio y despeinado, como un Cristo heavy. Cerca de esas fotos de señores de melena abultada y gesto duro hay otros elementos: un gatito japonés dorado, ese de la buena suerte, que mueve la pata como un reloj y una vasijita con flores, dos detalles que los Hammer de hace 27 años no hubieran incluido en el mobiliario. En estos años pasaron cosas, muchas: los discos, la gloria, las giras, la caída, las esposas, los hijos (y todo lo que se puede hacer por ellos, como ir a un recital de Tan Biónica), el regreso, la estabilidad.

En el búnker también hay instrumentos, por todos lados. Como piezas de museo, contra una pared se ven sus primeros amplificadores. "Los compramos en marzo del 92, con mi primer sueldo. Para alegría de mi vieja, cuando conseguí mi primer laburo después de largar la escuela, lo primero que hice fue comprar estos amplificadores", dice el Gringo señalando un Fender y exhibiendo una memoria para fechas importantes de la banda que lo convierte en "el memorioso Funes". La historia de Hammer había empezado mucho antes, en las aulas del colegio Cassaffouth, donde los dos estudiaban. Que la banda de metal emblemática haya surgido de una escuela técnica es todo un detalle en su biografía.

AUTODIDACTAS RABIOSOS

En marzo de 1987, Guillermo en bajo (luego pasaría a la guitarra), Gerardo en guitarra y Carlos Carranza en batería empezaron a formarse. Eran autodidactas rabiosos, en épocas en las que solo estaba la revista Toco y canto con algunas canciones de Sui Generis y, con suerte, a veces aparecía un especial con temas de Iron Maiden para interpretar en la criolla. Así que la manera de aprender era poner los discos o cassettes y tocar encima. El 7 de noviembre del 87 ya estaban tocando en vivo, por primera vez, un cover de Metallica, en la plaza de barrio Residencial América, espantando a las señoras que tomaban mate en la fiesta del centro vecinal y miraban la guitarra salpicada de sangre hecha con ténpera roja. Tenían 16 años.

Así como pintar la guitarra era todo un gesto, el nombre de la banda también lo fue. Pasaron antes por todos los títulos satánicos posibles: Leviatán, Belcebú, Astaroth. En esa época, algunas revistas de metal aseguraban que la banda suiza Hellhammer era el peor grupo sobre la tierra. "Entonces los iban a ver mucho, porque se decía que eran los peores. Nosotros decidimos ser los segundos peores. Y nos pusimos solo Hammer", cuenta Guillermo. Es un nombre tan común en el mundo del metal (como el apellido López en la guía de teléfono), que a nadie más se le ocurrió usarlo.

Ellos mismos aseguran que lo de Hammer fue más a fuerza de perseverancia que de talento. Que aprendieron a tocar solos y terminaron instalándose en una escena del rock local que vibraba entre los clubes de barrio, las cajas de vino, los instrumentos prestados y los seguidores fieles. "Como no éramos virtuosos, no podíamos copiar a las bandas que nos gustaban. Y esa limitación, al final, nos ayudó a tener más originalidad", dice Gerardo.

MOMENTO JUSTO

Cuando llegaron los 90, los Hammer vivieron su primavera. Estaban en el momento justo y en el lugar adecuado. Gerardo señala que el contexto musical fue clave: el disco negro de Metallica crecía en popularidad y la banda de Hetfield ya sonaba hasta en los boliches. Y ahí estaban ellos, los únicos que también hacían thrash en la ciudad. Para entonces, ya tenían un bajista, Juan Carlos Juárez, y en Córdoba tocaban Praxis y Evil, grupos de metal que tenían apenas un par de años más de vida. Guillermo destaca que otro rasgo de ese momento fue la coyuntura de la convertibilidad, que permitía comprar instrumentos y discos importados: las casas de música se llenaron de marcas, y se conseguían álbumes que antes eran imposibles. Ese escenario económico y artístico permitió que crecieran las bandas y el público. Hammer empezó a tocar en boliches, en lugares más grandes, y a telonear a otras bandas.

En 1995 editaron un CD, *A New Damage*, recordado no solo por los temas, sino por una tapa emblemática: una foto en primerísimo primer plano muestra una boca, con la mitad izquierda de los labios cosidos por

"Nos convertimos en el caballo de Atila: por donde pasábamos, no volvía a crecer el pasto", dice el Gringo. Así y todo, llegaron a la meca de los 90: MTV.

ganchos de metal, mientras la otra mitad se esfuerza por abrirse, en una mueca entre primal y dolorosa. La foto es de Gabriel Orge; y el arte de tapa, de Pablo Boneu. Es, para muchos, una de las tapas inolvidables del rock cordobés. Presentaron el disco el 17 de junio del 95 (la fecha, otra vez, está grabada a fuego en la memoria del Gringo), en el Centro Cultural General Paz. Guillermo y Gerardo se acuerdan de dos cosas: era la época de los bonos Cecor que había lanzado Mestre y al show fueron más de mil personas. Muchas de ellas forzaron su entrada sin dudar en romper los vidrios como si fueran de papel. "Nos convertimos en el caballo de Atila: por donde pasábamos, no volvía a crecer el pasto", dice el Gringo. Así y todo, llegaron a la meca de los 90: MTV.

ASCENSO A LA MECA

La llegada al primer canal de videos musicales se convirtió para Hammer en su segundo nombre. Hasta el día de hoy son recordados como "la-primer-banda-cordobesa-en-sonar-en-MTV", como si hubieran clavado una bandera en la Luna. Y así como el dato conforma parte de la mística, el relato de esa historia es parte de la épica de Hammer. Guillermo lo evoca y algo en su manera de narrarlo sugiere que lo ha contado de la misma manera cientos de veces. Dice así: "A.N.I.M.A.L. sonaba en MTV y nosotros solíamos a tocar mucho con ellos en Córdoba. Su mánager, Alejandro Taranto, un día nos pasa el contacto del productor del programa de heavy de MTV, José Ramón Hurtado. Hicimos dos videos y se los mandamos por encomienda. Al tiempo, el tipo me llama a mi casa. Yo al principio pensé que alguien me estaba haciendo una joda. Me dice que le gusta la banda, que es intensa. Y aclara: 'Las puertas están abiertas'. Lo tomamos en serio, y nos fuimos. Conseguimos unos pasajes baratos en época del uno a uno, con ida y vuelta, siete días de hotel y un auto. El bajista de entonces se sumó. Sacamos el pasaporte y a las tres semanas estábamos tocándole la puerta en Miami. El tipo no lo podía creer, que sin avisar cayéramos. No le quedó otra que recibirnos".

El regreso de Miami fue con gloria y laureles. La prensa los mimó y tocaron en el Teatro Griego ante dos mil personas (otra vez, con disturbios). "Habíamos estado en MTV e iba a vernos el doble de gente. Pero así como se duplicó nuestro público, al tiempo esos seguidores se fueron también. Entonces, aprendimos que hay que generar admiración en el fan. Que la gente se engancha cuando el artista es diferente. Si Hetfield viviera en Unquillo, no sé si en Córdoba tendría tantos fans. Acá se aplica la clásica frase 'Qué va a ser famoso ese, si lo conozco del barrio'", cuenta Guillermo. En la actualidad, esa idea de generar admiración o buscar el artificio de la distancia con el fan implica cuidar no solo la concepción de



los discos, sino también las estrategias de marketing, la acción en redes sociales y el look en las fotos. Para eso, la fotógrafa de la banda, Paulina Frontera, se ha convertido también en asesora de estilo de los cuatro integrantes, y es la que les sugiere, por ejemplo, abandonar las bermudas o posar en las fotos cuidando que en la pose no se noten los abdómenes abultados de la cuarta década. No es fácil la vida del metalero.

YDESCENSO

Si el comienzo de la década del 90 fue el *highlight* de Hammer, la década terminó con ellos desgastados. Así como nadie les había avisado que hasta los rockeros envejecen, tampoco les habían dicho cómo continuar después de tocar la cima en una ciudad como Córdoba, cuyas cimas eran bajitas como las casas coloniales. *“Éramos una banda de rock famosa sin un mango. Estábamos hasta las manos con un montón de cosas, con situaciones familiares comprometidas. Y se vino la gran crisis económica. El bajista se fue a España. Hubo peleas internas. Había un segundo disco que estaba por editarse con Warner y, por una interna a último momento, no salió”,* cuenta Guillermo. La enumeración parece salida de una de esas biografías del programa *Behind The Music*. En el caso de Hammer, también incluía excesos y agotamiento. Y así, sin grandes anuncios, el

grito energético del thrash local se apagó. *“A finales de 1999 fue la última fecha”,* dice el Gringo, apelando a su memorioso calendario, esta vez con la voz seca.

Y agrega: *“Estuve dos años sin tocar ni el timbre. Al principio, fue un alivio. Hasta que me di cuenta de que parecía un alcohólico en abstinencia. Toqué con otra banda en un par de ensayos. Y en 2002 armamos un trío, en el que me pasé al bajo. Era un hobby, hacíamos covers”.* El trío siguió, hasta que armaron el tributo a Metallica, en el que conocieron al actual bajista, Ismael Bernabei. Ismael había sido un fan de Hammer y uno de sus deseos era tocar en la banda. Pero cuando tuvo edad y práctica suficientes, Hammer ya no existía. Recordando esas épocas y las actuales, Guillermo admite que el documental *Some Kind Of Monster* (en el que los Metallica aparecen haciendo terapia de grupo, peleándose por nimiedades, en medio de una cotidianeidad nada heavy de llevar a sus hijas a clases de ballet), que antes le parecía *“una boludez”,* ahora *“no tanto”.*

PRESENTE TOZUDO Y VITAL

Con Ismael en bajo y Bruno Scotté en batería, el año 2008 marcó el regreso de Hammer, que no llegó sin desconciertos. La ciudad ya era otra, la tecnología también. El público que antes lo bancaba entre pogo y cajas de vino se había tapado los tatuajes con mangas largas, se había casado, había tenido hijos y había cerrado filas en un trabajo de ocho horas diarias. *“Antes el público metalero era fiel, hoy se diversificó. No hay forma de juntarlos*

a todos. Salvo que venga Metallica y aparecen ocho mil personas que no sabés de dónde salieron”, dice Gerardo. Córdoba se convirtió en una ciudad en la que salen bandas nuevas de abajo de las piedras, y Youtube les permite a los pibes aprender a tocar y difundir su obra más rápido, pero también lleva a que el público se reparta entre decenas de alternativas. Ninguna banda actual lleva por sí sola mil personas a un Griego. Todo parece más accesible, pero también hay que remarla más.

Así y todo, Hammer volvió a rugir y el nombre de la banda se volvió a instalar como la opción natural para telonear a grupos como The Cult, Helloween o Megadeth. Cuando Metallica llegó a Córdoba, todos pensaron en ellos, pero no se dio. Preguntarles por esa ausencia es poner el dedo en la llaga. Pero ellos tienen explicaciones racionales y entendibles. El line up de la visita de la banda de Hetfield venía armado desde Buenos Aires, y decía que la banda local iba a ser MAD. Y fue. Y ya está. Un recuerdo amargo al lado de otros más dulces, como las giras por Ecuador, por Perú y los shows en Cosquín Rock.

En este contexto, Hammer editó *Realized*, el disco que presentó en 2014. El show, esta vez, fue en Ciudad de las Artes, con el auditorio sentado en cómodas butacas. Y el disco tiene novedades. Suena una voz femenina, la de Lula Bertoldi, cantante de Eruca Sativa, que grabó con ellos el tema “En pedazos”. El título de la canción da otra pista clave: tras años de cantar en inglés, empezaron a hacerlo también en español. “Es otra transición. Metimos el español para enganchar más. No hacemos música para agredir el oído. Hacemos música agradable, aunque tenga distorsión. Queremos que te pegue, pero no una piña. La gente ahora no está tan predispuesta al pogo, sino a escuchar. Por eso cambiamos el idioma”, dice Guillermo. Gerardo frunce toda la cara. Todavía no está muy de acuerdo con las letras en castellano, pero dice que entiende que sea necesario.

El disco suena tremendo. Las letras hablan de un presente tozudo y vital. El tema “Energía”, por ejemplo, dice “Llega con el nuevo tiempo/ la fuerza viva, pura y gris/ que fluye de mis manos/ y sobrevive en mi cuerpo/ te da la fuerza de crear/ te da la fuerza de sentir/ yo la usaré/ para no dar el brazo a torcer”. Y no se escucha un ablandamiento en el sonido, que mantiene la corporalidad del metal. Aunque cuando lo tocan en vivo sienten que el esfuerzo es otro. “El heavy metal es físico. En los 90 salíamos de tocar extasiados. Hoy, terminamos el mismo show y quedamos de cama. Nos duele la nuca del headbanging, las piernas, las manos,



“No hacemos música para agredir el oído. Hacemos música agradable, aunque tenga distorsión. Queremos que te pegue, pero no una piña”.





padecemos la tendinitis. El batero, por suerte, tiene 29 años. Yo hoy sigo viendo bandas, pero en la platea”, dice Guillermo, que tiene asistencia perfecta a todos los shows de Metallica en el país.

FLEXIBILIDAD NO ES BLANDURA

Si se trata de elucidar mitos de una leyenda, imposible no preguntarles a los Hammer si ese lugar común del fundamentalismo heavy (viril, anti-pop, recio, machista) se mantiene igual. Si hubiera que responder por la remera negra de Guillermo y la melena larga de Gerardo, habría que decir que sí. Pero los dos coinciden en que el público heavy, con los años, se ha ablandado. Y que ya es posible admitir que escuchan algunos discos de bandas fuera del género. Guillermo se lamenta por haberse perdido de conocer en su momento grupos como Depeche Mode o Bon Jovi, y asegura que hoy disfruta con Foo Fighters. Hasta estuvo presente en el *meet & greet* de Tan Biónica. No por gusto, aclara, sino para llevar a su hija adolescente. “Eso no cuenta, porque ni siquiera es música”, responde Gerardo, que dos segundos después admite que fue a ver al Cuarteto de Nos, porque le gusta. Y que todo bien con todos los géneros, excepto con el reggae.

Los relatos de la paternidad también los ponen en otro lugar, lejos de las fotos de prensa en las que la actitud heavy es todo. Guillermo cuenta que el otro día encontró a su hija buscando cotizaciones de su colección de guitarras en Mercado Libre. “Me hizo acordar a una frase que leí por ahí: ‘Lo peor que te puede pasar es que tu mujer venda tus guitarras al precio que le dijiste que valían’”. El Gringo asegura que no vendería ninguna, pero que les tiene dicho a sus hijos que cuando se muera hagan lo que quieran con los instrumentos. Guillermo lo interrumpe: “No, no, yo no dejo nada. Me entierran con las guitarras”.

Al estudio de Rincón empiezan a llegar los chicos de una banda, que lo alquilan para ensayar. Y el ambiente se torna más ruidoso. La conversación sigue por temas de la rutina diaria: los hijos, los trabajos (Gerardo está hace años en una empresa de transporte, Guillermo tiene su propia compañía), las mujeres (esposas y *groupies*, aunque estas últimas, aseguran ellos, nunca fueron muchas) y queda una última pregunta.

– ¿Puede una banda de metal de culto ser *mainstream* y sobrevivir?
– Sueño con eso. Trabajo todos los días para eso. Si me preguntás si quiero tener una banda de culto o ser Metallica, te respondo en un segundo: quiero ser Metallica. Quiero que los cuatro tengamos una casa en Malibú (bueno, en Carlos Paz o en Salsipuedes). Me encantaría que Hammer sea una banda *mainstream*. Que cada vez la escuche más gente, no menos –confiesa Guillermo. 4

Mi vida con ellos

Conocí a los Hammer allá por 1989, cuando los entrevisté en los primeros estudios de la FM a Galena, en la calle Santa Rosa. A partir de allí nos relacionamos muchas veces, por convocatorias para shows que hacíamos o en las innumerables –y desopilantes– entrevistas que les hicimos en el programa *Al Abordaje*. Recuerdo el revuelo que se armó cuando, para un festival en el Teatro Griego, desde la Muni –radical en aquella época– los censuraron y le dijeron a la gente que organizaba que si tocaba Hammer, el Griego no se alquilaba. El Java Carrizo (bajista en aquel tiempo) salió al aire y los mandó al frente. Menudo quilombo se armó, tanto que tuvo que salir el entonces director de cultura, Claudio Massetti, quien justificó la decisión con una frase poco feliz: “Poner a Hammer en el Griego es como meterse con un fórmula uno en el centro”. Viví la etapa de los 90 de la banda como periodista, público y a veces productor de algún show. Y empezamos a hacernos amigos.

Cuando se reunieron con nueva formación –estrenada en la Plaza de Toros de Quito, Ecuador, junto a Ataque 77 y Todos Tus Muertos–, casi sin darme cuenta terminé siendo el mánager de la banda. Y ahí empezó para mí otra historia. Ya había trabajado en esa función con otras bandas. Pero laburar con Hammer es único. Porque la música que hacen no es fácil de vender, pero a la vez el nombre tiene tanto peso y leyenda, que nunca hay que explicar quiénes son. Hammer es una marca registrada.

Una gira con los Hammer es una experiencia única. Los tours por el exterior y el interior son aventuras donde se toca, se la pasa bien, se hace de enfermero, mandamás y amigo. Y uno nunca deja de divertirse, por más dificultades, horas de viaje, intoxicaciones estomacales o sonidos pedorros que le toque enfrentar.

Hammer es una familia, con todo lo que ello implica. Y sobre todo, desde mi puesto, creo a ciegas en los kilates musicales de la banda. Más allá de que los tipos que suben son como hermanos para mí, a la hora de sonar, la banda es tremenda.

Cuando tocaron como banda invitada de Almafuerce en un Malvinas Argentinas repleto del público de Iorio, que promediando el show empezó a aplaudir y vivir y al término del set entonó un “¡Hammer! ¡Hammer! ¡Hammer!”, no pude menos que sentir orgullo.

Profesionalismo, humildad, buena onda. Eso se respira en el mundo Hammer. Con las discusiones y cambios de opinión lógicos. Pero cuando los cuatro tipos se suben al escenario, ya sea en Cosquín Rock, Ecuador o antes de Megadeth, o cuando tocan desde el piso en Jujuy, la magia funciona y te vuela la peluca. Como debe ser.

Gracias *cooleaos*. Gracias Guille, Gringo, Isma y Brunello por permitirme ser parte de esto.

MARCELO GÓMEZ
CONDUCTOR DEL PROGRAMA RADIAL *AL ABORDAJE*
Y MÁNAGER DE HAMMER